

Tempo

Joaquín Rubio Tovar

El comité organizador del festival no había mostrado mucho interés por el concierto de Andreas Zwicleff. Interpretar obras de Gemianini, Byrd, Gottfried y por fin Mozart, escritas para violonchelo, oboe y clavicémbalo, en aquella vieja iglesia templaria perdida en la floresta, no era un reclamo notable, y Andreas lo supo desde que le propusieron el concierto. Pero de ahí al desinterés que mostraron los organizadores iba un trecho, porque Andreas había tenido que llevar su propio clave a Barajas, viajar en el mismo avión, vigilar la operación de descarga, contratar una furgoneta y hacer el trayecto hasta la iglesia cubriendo con un plástico (y donde este no llegaba, con su propio cuerpo) la carcasa del baquetado clavicémbalo. Tampoco fue cómoda la llegada. El instrumento no entraba por la puerta principal y hubo que meterlo con muchas dificultades por la de atrás. Muchos brazos fueron necesarios hasta que el instrumento pasó al interior de la iglesia. Instalarlo en el altar tampoco fue fácil. El suelo de piedra presentaba muchas irregularidades y hubo que calzar el aparato con papel de periódico. Finalmente se pudo ensayar durante todo un día. La acústica de la iglesia era perfecta y la luz de siglos que entraba por las ventanas, maravillosa. Aunque el público fue muy generoso con los aplausos, la interpretación dejó que desear. Como tantas veces, Andreas sintió que no se había acertado con el tempo de las obras. Era una apreciación muy personal, que no siempre trascendía al público, ni siquiera a los compañeros solistas, pero que Andreas percibía inmediatamente. Hacía años que había perdido la capacidad para dar con el tempo de la obras que interpretaba. Cuando lo reencontraba alguna vez, lo notaba enseguida. La música fluía con una potencia y una convicción profundas, el público se entregaba y Andreas acababa interpretando cinco y seis piezas fuera de programa. Pero aquella tarde la interpretación no pasó de correcta. Al acabar la última obra, una giga de Mozart que ofrecieron como obra de regalo, el público

abandonó con orden y rapidez la iglesia. En la sacristía el crítico musical, los intérpretes, el sacristán y los monaguillos se felicitaban satisfechos. Fuera llovía. La flautista guardó con delicadeza su flauta en un elegante estuche forrado de fieltro negro. El violonchelista metió el instrumento en su funda y, cuando se disponía a abandonar la sacristía, escuchó la petición de ayuda de Andreas para desmontar el clave. Un monaguillo llevó las patas hasta la puerta, mientras el violonchelista, Andreas y el sacristán llevaban a hombros el instrumento. No pudieron sacarlo de canto, ni de lado, ni en diagonal, ni forzando la madera.

Tras un cuarto de hora de forcejeo, el sacristán fue partidario de dejar el clave esa noche en la iglesia y volver a la mañana siguiente con herramientas. Andreas se opuso desde el primer momento: el clave no se podía quedar solo en la iglesia. El sacristán insistió en que nadie iba a robarlo puesto que no se podía sacar por la puerta. Andreas insistió en que el cémbalo no pasaba la noche solo y que si hacía falta, él permanecía en la iglesia hasta que a la mañana siguiente lo recogieran.

Le intentaron convencer de que era una tontería pasar la noche en la iglesia, pero él, que no, que no fuera a ser que pasara algo, que se quedaba más tranquilo. Por fin se marcharon y Andreas se quedó con la esperanza de que a la mañana siguiente todo iba a resolverse felizmente.

Durante la primera hora no cesó de idear procedimientos para hacer salir el instrumento por la puerta. Llegó incluso a intentar alzar el clave, convencido de que inclinando cuarenta y cinco grados a la izquierda y girándolo a la derecha levemente era posible salvar el dintel. Pero justo en ese momento empezó a llover.

Toda la noche estuvo cayendo agua como una maldición. Andreas



había cubierto el clavicémbalo con las mismas mantas grises y viejas en las que lo había traído envuelto. Pero según fue avanzando la noche fue echándose él encima. Primero una, que no le bastó para abrigarle lo suficiente, y luego las demás, de modo que hacia las dos de la mañana había desnudado por completo el clave. Se acurrucó y se durmió hasta que le despertaron los pájaros. Eran las ocho y cuarto. Andreas pensó que ya no podrían tardar. Estaba entumecido y hambriento. Mentalmente decidió empezar a escribir la carta que pensaba enviar a los periódicos y al director del Festival, quejándose de la falta de consideración de que había sido objeto. Su indignación iba creciendo a medida que se acercaba la hora de su liberación, pero pasaban los minutos y no aparecía nadie. Inquieto, Andreas salió fuera y empezó a caminar por la explanada que se abría ante la iglesia. El viento de la noche rizaba todavía los charcos y estrellaba contra la iglesia las primeras hojas del otoño. No había nadie, daba igual a donde se mirase. Volvió a la iglesia y caminó por las naves y volvió a salir y a llegar hasta el final de la explanada y volvió a salir y entrar tres o cuatro veces más. Tras la indignación empezó a aparecer el abatimiento y luego la preocupación. Finalmente Andreas fue a la casa del sacristán, con intenciones menos pacíficas que las de aporrear la puerta como había hecho tantas veces. Comenzó por golpear con los nudillos en el cristal, luego con el puño, pero pensó en sus manos de clavecinista y terminó por coger una piedra y lanzarla contra los cristales, que se hicieron añicos. Abrió la ventana y se metió dentro. La casa consistía en una habitación cuadrada con unos cuantos muebles cochambrosos y desvencijados. Junto a la ventana que se abría a poniente, había un fogón y un par de cazos viejos. No había teléfono. Volvió a la iglesia y se sentó en un banco. No estaba encendida la luz del Sagrario, ni tampoco estaba vestido el altar, así es que le dio la sensación de que tendría que esperar mucho hasta que se volviera a celebrar misa. Después le tranquilizó pensar que era imposible que se hubieran olvidado de él, que estarían buscando una furgoneta lo suficientemente amplia como para que cupiera el clavicémbalo. Además, había llovido y era natural que el tráfico se retrasara ... Pero eran las dos de la tarde y nadie aparecía y ya era hora.

Andreas estuvo paseando por los alrededores hasta que el desmayo y una lluvia fría le hicieron volver a la iglesia y de nuevo a casa del sacristán. Sólo encontró para comer unas manzanas y un poco de vino. Después de comer se sintió de mejor humor. Intentó analizar con un poco de perspectiva lo que le estaba pasando y le pareció extraordinario. Volvió a la iglesia, montó el clave, sacó unas partituras de su maleta y empezó a tocar: Mozart, Byrd, Haydn y jazz, sobre todo jazz, que en el clave tomaba una tintura frágil como de cristal y de sueño. Cuando ya no quedaba luz en la iglesia, Andreas decidió salir. Con la alegría de la música se había olvidado de su situación. Allí no aparecía nadie y resultaba inevitable volver a pasar otra noche en el banco, arropado con aquellas mantas mugrientas. Antes de que cerrara la noche rastreó el huerto del sacristán y encontró algunas patatas pequeñas semienterradas y algunos pimientos y tomates casi echados a perder. Lo llevó a la casa del sacristán, recogió las mantas de la iglesia y se echó en el único camastro que encontró. De madrugada creyó oír ruido en la explanada, pero resultó ser el viento que arreciaba. Apenas pudo conciliar el sueño.

La mañana despertó radiante. Andreas comió los restos de la cena y fue a la iglesia. Comprobó que había dejado el clave abierto con una partitura sobre el atril. Empezó por ella, una fuga de Gemianini a seis voces. Estuvo estudiando hasta bien entrada la mañana, luego paseó hasta el límite de la explanada, recorrió los alrededores de la iglesia con la esperanza de encontrar algún coche. No había más carretera que la que llegaba a la iglesia. Encontró una higuera, nísperos y un maizal intacto. "Alguien tendrá que venir por aquí," se dijo, "y mientras, tengo para comer y puedo hacer música." Podría subsistir hasta que vinieran a recogerle. Andreas sintió que le remitía la angustia y que por primera vez sentía de verdad apetito. Comió unas nueces y echó a cocer las berzas que había recogido la noche anterior. Después de comer y de lavarse se sintió todavía mejor. Sintió ira contra el festival, contra el sacristán, contra sus amigos, contra el mundo, pero comprendió que lo único que podía hacer era esperar y tocar el clave como si fuera una especie de venganza. Se sentó ante él y allí pasó largas horas, primero una mano, luego otra, luego las dos a la vez, con una humildad de principiante.

Tras un largo trabajo sobre los fragmentos más contrapuntísticos creyó haber encontrado el tempo idóneo para interpretarlos: andante ma non troppo. Se sintió satisfecho. Su mente, su corazón y sus dedos sentían un tempo pausado pero no meditabundo. Todo nacía de un sentimiento muy hondo: la digitación, el ritmo, el valor de alguna voz que le parecía no haber oído hasta ese momento. La partitura acababa de nacer en él.

La luz era ya de otoño y los días más cortos. Pasaban nubes blancas y el viento de la tarde olía a las hogueras que alguien encendería en algún lugar de la distancia. Andreas había recorrido varias veces los alrededores de la iglesia y había encontrado matas de hierbabuena y sándalo y un arbusto enorme de hierbaluisa, con los que decidió adornar la capilla. En la hoz del río crecía un nogal cargado de fruto y en los rincones umbríos bajo un puente había encontrado berros. Andreas cargó con las hierbas de olor hasta la iglesia y se llenó muchas veces los bolsillos de nueces y de castañas dulces.

Poco a poco, se fue marcando un ritmo de trabajo. Era mejor estudiar por las tardes que por las mañanas porque el cielo de la tarde facilitaba la concentración y le permitía descubrir texturas y ritmos en la partitura. Bastaban varias tardes de estudio para que Andreas fuera capaz de expresar aquella música en su tempo giusto.

Llegó el invierno y cambió la luz que entraba por la ventana de la iglesia. Un viento frío de manos enormes cruzó durante días la explanada y los bosques cercanos. Andreas lo escuchaba todas las noches con los ojos abiertos hasta que amanecía. Luego le vencía el sueño hasta bien entrada la mañana. Entonces paseaba sin rumbo fijo durante unas horas, bebía alguna infusión de hierbas y comía lo que le daba el campo y alguna trucha que capturaba de vez en cuando. La iglesia era templada en invierno. Andreas se había acostumbrado a su luz, al aroma de la hierbaluisa que había inundado las naves y al sándalo, que había vencido el olor a humedad. Las heladas y la nieve, que habían caído abundantemente, hicieron cálido el interior de la iglesia.

Una mañana, vencidos ya los fríos y las nieves, Andreas se sentó ante el clave. Trabajaba ante una suite de Händel. Tras varias horas, sintió que dominaba el

tempo. Los dedos, las voces, el ritmo interior de la obra, toda su construcción estaba clara: así era la obra y así había que interpretarla. Se levantó despacio y fue hasta la puerta. La llanura vacía, recién salida del invierno, se extendía hasta el horizonte.

